

Fiesta de la Inmaculada

Meditación sobre Rom 8, 30



Esta fiesta nos presenta a María como imagen de lo que Dios ha querido hacer con todos los hombres. Nos creó destinados a recibir a su Hijo, a encarnarlo en nuestra propia vida y, de esta manera, recibir de él la santidad y la gloria misma de Dios. Fuimos creados santos para recibir al Hijo y formar parte de su misma vida filial en Dios.

Cuando la historia de los hombres, con el peso de sus miserias y pecados, emborronó la imagen de lo que estábamos llamados a ser, comenzó una nueva creación modelando a María. Al destinarla a acoger a su Hijo en la historia y a ofrecerlo al mundo, la revistió de la imagen santa con la que todos fuimos hechos. Y lo hizo para alentar nuestro camino mostrándonos lo que el Hijo de Dios hace con los que le acogen.

Al celebrar esta fiesta, ella nos coge de la mano y nos invita a descubrir en lo más profundo de nuestro ser esa santidad con la que Dios nos creó y que anhela ser restaurada al contacto con Jesús.

A su alrededor, como los discípulos en pentecostés, podemos confiar en nosotros mismos incluso si la pequeñez y el pecado parecen dejarnos muy lejos de la santidad en la vida concreta. Simplemente hay que escuchar las palabras de María cuando nos presenta a Jesús: «haced lo que él os diga». Si las acogemos se irá desvelando la santidad que nos habita y que nos es sino la vida misma del Hijo de Dios que nos eligió como su morada y ahora busca llevarnos a su misma gloria.



Os traigo una buena noticia, una gran alegría que lo será para todo el pueblo: En la ciudad de David, nace el salvador. Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

La adoración del niño

(con la hermanita Magdeleine de Jesús)

Algunos santos han dejado entre nosotros la promesa de interceder junto a Dios para que recibamos algo de lo que ellos descubrieron como un don de Dios para su vida de fe.

Este mes proponemos acercarse al descubrimiento de la *espiritualidad del Niño Jesús* de la hermanita Magdeleine (1898–1989). En este Niño ella descubrió como lo pequeño e insignificante es convertido por Dios en un lugar donde realizar y ofrecer su gloria.



Te ofrecemos un texto dirigido a las mujeres que la siguieron en este camino de pequeñez y amor. Seguro que hoy, desde el seno del Padre, pide, como hizo entonces por sus hermanas, por todos los cristianos para que la Navidad sea algo más que banalidad exterior y sentimentalismo interior, y podamos descubrir la luz verdadera del amor en el pequeño Niño de Belén.

Te invitamos a que durante el adviento prepares la Navidad añadiendo a tu oración la meditación de alguna de las frases que aparecen en el texto que te ofrecemos.

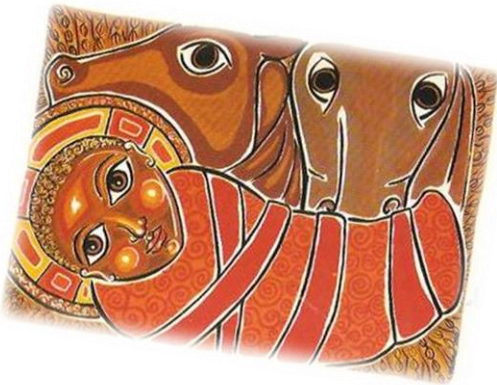
→ Léelo primero de un tirón y luego cada día detente por unos minutos en alguna frase (solo una). Fija tu mirada en la imagen de Jesús niño y dialoga con él que te espera, igual que a los pastores, como buena noticia de amor, alegría y esperanza.

→ Comienza siempre tu oración recordado estas palabras de Magdeleine: «**Este año he pedido al Niño Jesús que os ayude a comprenderlo y a amarlo en toda la profundidad del misterio de su infancia**» (Siente que intercede por ti. Alégrate y súmate tú a esta intercesión pidiendo por los demás, especialmente por los cristianos con los que compartes la fe).

La hermanita Magdeleine oraba de continuo por sus hermanas. Veía sus tentaciones y las hacía parte de su oración de intercesión para que el Señor las ayudara. Luego se dirigía a ellas con palabras firmes. En este texto dice que reza por ellas pensando sobre todo en

- cómo han envejecido al contacto con el peso del mundo, y la tristeza y el escepticismo parasitan su corazón.
- cómo están tan agobiados con sus problemas que les parece inútil detenerse en algo tan insustancial y relamido; y así se hacen indiferentes a los problemas de los demás.
- cómo están tan envueltas en ruidos que no oyen lo que, cerca de un recién nacido, solo se puede decir en un susurro.

Y les decía: Para permanecer humildes, pobres y alegres ante los fracasos y los éxitos, ante los reproches y los elogios, necesitamos un alma de niño.



Junto a este pequeñito del pesebre, os deseo un año de luz... Reconoced que sois todavía egoístas, bruscos e independientes (*reconozcamos todo lo que aún nos separa de él y de su forma de ser*) y suplicad al Niñito de Belén y a María su madre que os ayuden a transformaros.

No vaciléis en postraros ante este Jesús pequeñito. Quizá no lo habéis adorado suficiente como vuestro Dios, porque vuestra devoción se quedó infantil y sentimental. Quizá no habéis descubierto con bastante asombro cómo **Cristo, Hijo de Dios, al manifestarse a los hombres, quiso revelarles la grandeza de los misterios divinos a través de la pequeñez y la debilidad de un recién nacido** (*¿no nos enseña que solo este es el camino para llegar a la gloria de Dios, a la gloria de la verdadera vida? ¿Cuáles son los caminos que eliges tú?*).

Mirad con atención a ese pequeñito de Belén y preguntaros lealmente si habéis comprendido su mensaje:

- Él os grita: **Abandono, docilidad**
(*y no dominio, control sobre todo y sobre todos*)
- Él os grita: **Confianza**
(*y no sospecha de los otros y de Dios*)
- Él os grita: **Dulzura y paz**
(*y no brusquedad o violencia de cualquier tipo*)
- Él os grita: **Humildad**
(*y no orgullo y prepotencia*)
- Él os grita: **Pobreza**
(*y no codicia y seguridad a costa de lo que sea*)
- Él os grita: **Ternura**
(*y no displicencia y malos modos*)



Después **depositad lo que descubráis de vosotros mismos al pie del pesebre** para que él lo sepa modelar con su amor y su ternura.

Y dejados invadir por la alegría de la Navidad, que es fuente de esperanza y de amor. Ánimo. Caminad a la luz de esa estrella...

No os dejéis engañar por las alegrías del mundo que debéis abandonar o por los errores y faltas que habéis cometido. Llevadlas al pesebre junto a él y dejad que las envuelva con su ternura de niño.

Venid a la pequeñez del pesebre de Jesús para comprender la vida y para aprender a sentir con su mismo corazón. Así, al final, encontraréis no al pequeño Niño de Belén, sino al glorioso Cristo resucitado que os envolverá con su gloria eterna.

